Humanismo y sociabilidad en Laín Entralgo

Dámaso Alonso definió a Laín Entralgo en 1964 como «una máquina en alerta constante». Su vida, dijo, es una dilatada esfera de avideces intelectuales y de conocimientos que han fraguado muchas páginas, todas de constante nobleza y altura intelectual.[1] El mismo Laín confiesa que está condenado a ser ensayista porque no acierta a evitar que a su inteligencia le seduzcan temas muy distintos y porque siempre que termina sus ensayos piensa que debería componerlos de nuevo.[2] Abordar pues la obra lainiana requiere por mi parte gran admiración al autor y buena voluntad.

La actividad de don Pedro se despliega en varias direcciones. Médico, le interesa la historia del saber y de la medicina; historiador, le preocupa profundamente el tema de España: su destino y su ser; filósofo, profundiza en la esencia de ser hombre y en la realidad del otro; escritor y ensayista, cultiva la crítica intelectual y literaria. Pero la raíz más honda de su obra y el eje alrededor del cual gira toda su inquietud intelectual es el amor al hombre y a todo lo humano. La obra lainiana es una dedicación intelectual incansable al tema del hombre. El conocimiento científico del acto médico le ayuda al conocimiento filosófico del hombre.[3] De aquí, que por encima de todos los títulos el que mejor le define es el de humanista. En esto radica la unitaria diversidad de su obra.

¿Cómo es el humanista Laín? Se ha dicho que Laín parece renunciar a la lucha y que busca utópicamente la conciliación de contrarios irreconciliables.[4] Se le ha calificado de humanista conservador y tradicional porque su obra expresa valores asociados con la permanencia más que con el cambio; con la tradición más que con la innovación.[5] Aranguren ha señalado que Laín no es un hombre de aisladas intuiciones, ni de posturas extremas, sino el pensador de convicciones profundas y de nobleza intelectual que actúa siempre con una férrea voluntad de integración y de conciliación.[6]

[1] *Dámaso Alonso en el Discurso contestando al de Laín con motivo de su entrada en la Real Academia de la Historia.*

[2] *Pedro Laín Entralgo,* Descargo de conciencia. *Barcelona, Barral, 1976; p. 504.*

[3] *Para Laín, no es posible tener idea de un todo sin conocer las partes que lo integran y viceversa. De ahí el paso constante en su obra de la antropología médica a la antropología general y de ésta a aquélla.*

[4] *Elías Díaz,* Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973). *Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974; p. 138.*

[5] *Thomas Mermall,* La Retórica del Humanismo. La cultura española después de Ortega. *Madrid, Taurus, 1978; pp. 57 y ss.*

[6] *José Luis Aranguren, «Pedro Laín Entralgo, el problema de España y la esperanza española»,* Papeles de Son Armadans *II, n.º 6 (1956), pp. 325-335.*

De hecho, para entender la obra de Laín hay que tener en cuenta lo que ha sido y ha hecho a lo largo de su vida. No piensa ni escribe lo mismo en 1943 que en 1963, que en el momento actual. Su pensamiento evoluciona a base de profundizar y actualizar su reflexión sobre los temas que tienen especial interés para él.

El hecho de la Guerra Civil, en la que militó en uno de los bandos de la contienda, le removió violentamente su conciencia histórica. Su condición de español se hace dramática e intenta esclarecer y superar de alguna manera la dramática escisión de España y de los españoles. En una primera etapa pensó, con lo que él califica de «ingenua ilusión adolescente», que el problema de «las dos Españas» podría y debía ser resuelto por la asunción unitaria de una y otra en una empresa «superadora».[7] Más tarde esta ilusión fue sustituida poco a poco por la esperanza de un pluralismo unitario. Desde entonces, en toda la obra lainiana se insiste en la necesidad de comprender y de integrar; de llegar hacia una síntesis amplia y comprensiva de todos; los concordantes y discrepantes.

Laín subraya además, la importancia de aunar no sólo los diversos hechos diferenciales, sino también las distintas ideologías y las diferentes «vividuras operantes» sobre el territorio nacional, es decir, las particularidades regionales. Pero en *A qué llamamos España* (1971) se pregunta: «Entre nosotros, ¿es posible ese proyecto? ¿Cabe unir armoniosamente entre sí, aunque la armonía no sea y no pueda ser idílica, todos los modos de sentir, hablar, pensar y hacer la vida que operan en el cuerpo de la sociedad española?» Laín no se mueve a nivel de utopía inalcanzable sino a nivel de voluntad esforzada de intentar la armonía y la convivencia. Busca la unidad en la pluralidad y la diversidad. En *España como problema* afirma:

> Es preciso afirmar que sólo a través de un pluralismo verdadero y no meramente táctico y convencional, pueden hoy ser dignos, eficaces y auténticos los pueblos. (pág. 546)

Laín busca la síntesis armónica de contrarios y la conciliación de fe y ciencia. «Nuestra fe religiosa, puede enlazarse armoniosamente con nuestro saber humano», afirma. Y con la honestidad que le caracteriza confiesa que no es marxista pero que no puede desconocer la fortaleza intelectual y la justificación histórica del marxismo. En *Descargo de conciencia* confiesa: «Aspiro a vivir en una sociedad en que el marxismo sea a la vez lícito e imposible; eficaz, desde luego, pero no imperante».[8] Diez años antes hacia esta confidencia al lector:

> Más que antimarxista, yo quisiera ser tanto en mi vida como en mi pensamiento «circummarxista» y «transmarxista», hombre que procura envolver y asumir las aportaciones positivas del marxismo en una concepción de la realidad más amplia y menos doctrinaria que el materialismo dialéctico de los escolásticos y de los escoliastas de Marx. [9]

En su proceso de madurez intelectual, Laín no condena ideologías con las que por razón de principio no comulga, sino que se abre e intenta aceptar todo lo que en ellas ayude al hombre a ser más hombre; es decir, «a adquirir más ser». Esta actitud es expre-

[7] *Pedro Laín Entralgo,* Obras. *Madrid, Plenitud, 1965. Introducción del autor, p. XXVI.*

[8] *Pedro Laín Entralgo,* Descargo de conciencia, *p. 472.*

[9] *Pedro Laín Entralgo en la Introducción a la obra de P. Soler Puigoriol,* El hombre ser indigente: el pensamiento antropológico de P. Laín Entralgo. *Madrid, Guadarrama, 1966; p. 25.*

sión de un cambio y de un convencimiento paulatino de que sólo a través de un pluralismo auténtico se logra una plena dignidad humana. Pero para él, no hay verdadera dignidad sino en la creencia y desde esta convicción construye, denuncia y dialoga.

Laín hoy asume y denuncia el pecado colectivo e histórico de la guerra civil española. Confiesa abiertamente que en ambos bandos hubo errores y se cometieron atrocidades que aún no se reconocen. Advierte con valentía que sólo se podrá mirar al futuro sin miedo ni recelo, cuando se destruya el hábito de atribuir todas las culpas y todas las responsabilidades a «los otros». España es un pueblo especialmente herido por el problema del otro, afirma en *Teoría y realidad del otro* (II, p. 342). Desde una postura vital y reconciliadora, don Pedro se ha esforzado por reconocer y destacar todo cuanto, viniera de un lado o de otro, ha sido obra positiva o muestra de buena voluntad. Según él, el problema de España se hubiera podido resolver si las dos fuerzas espirituales rectoras: el catolicismo oficial y las minorías intelectuales seculares, hubieran evitado posturas extremas y hubieran llegado a concordia tomando conciencia de sus deberes sociales. Hubiera sido necesaria, dice, un poco de generosidad cordial por ambas partes, pero no fue así.[10]

Ante la realidad del momento actual que vive España, Laín propone como programa de acción las tres conclusiones programáticas que Ortega ofrece en *Meditaciones del Quijote:*

1) Pasar de una visión de España basada en el mero «ser» a otra fundada sobre «el quehacer para ser» (España como tarea).
2) En el orden del proyecto, la actualizada asunción del quijotismo en el cervantismo. (Conjugar altos ideales con un sano realismo.)
3) Realización de ese proyecto dentro del modo de ser hombre que llamamos «europeo» (uno y vario a la vez).

Laín ofrece, pues, vías por las cuales el español actual puede y debe resolver y salvar en sí mismo su circunstancia, al decir de Ortega.

El problema de los muchos problemas de España es la educación. Kant decía que tras la edución está el gran secreto de la perfeccionalidad de la naturaleza humana. Para Laín, la gran preocupación de cuantos en España quieren algo más que lucro, mando y fama, debe ser educar a los españoles para la posesión de los hábitos sociales de laboriosidad, solidaridad y amor al mundo. Proceso lento y doloroso pero ineludible en el destino nacional y personal.

> Quienes política, religiosa, económica y educacionalmente rigen nuestra sociedad cada uno en su campo, todos tienen el grave y urgente deber de legar al s. XX una sociedad española aceptablemente laboriosa y solidaria. Si no es así, los españoles de ese siglo tendrán que seguir buscando la gama iridiscente de la España que pudo ser.[11]

Ante la polémica entre progresismo antitradicionalista y tradicionalismo inactual, Laín anhela y propone una postura intermedia y esperanzadora. «Nosotros no podemos huir

[10] *Sobre este tema ver* España como problema, *Madrid, Aguilar, 1957, y de* Texas Quarterly, *vol. IV, n.º 1 (1961), pp. 15-20.*

[11] *Pedro Laín Entralgo, en* La Gaceta Ilustrada, *julio 1980, n.º 1240.*

ni hacia el recuerdo ni hacia el ensueño. Pese a todo linaje de ataques y denuestos, de incomprensiones y descorazonamientos, tenemos que permanecer en el proyecto y en la esperanza.»[12] Junto a la educación, Laín aboga por la *universalidad,* que no puede ser hoy meramente Europa, pero que por Europa y Euroamérica ha de comenzar. «Movamos guerra, escribe, contra la frecuente limitación de nuestra vida histórica a nuestro patio de vecindad.» Ortega diría: «Sublevémonos diariamente contra la conversión de Madrid en Madridejos».

Frente a la codicia de lucro y mando, propone la ambición de obra personal y a través de ella, de obra colectiva. Frente al monólogo y la polémica, ofrece el *diálogo* como forma de vida. El monólogo nos pone en relación con el prójimo afirmándonos ante él o tratando de convertirle a nuestra personal opinión. La polémica aspira secreta o abiertamente a la aniquilación del adversario. El diálogo presupone la comprensión y la fecundación mutua. La verdadera *otredad* surge en el encuentro dialogal porque al encontrarse con el otro, el hombre se encuentra consigo mismo, con su auténtica realidad. De ahí que la palabra viva para Laín no sea ni el «yo» ni el «tú», sino el *nosotros,* entendido no como mera pluralidad de «yos» sino forma de conciencia.

Para Sartre, la esencia de la relación con el otro es el conflicto; la coexistencia entre los hombres es una pasión inútil. Para Laín, el mutuo conocimiento y la mutua acción crean entre el yo y el tú un nuevo mundo, «nuestro mundo», o lo que Ortega llama «nostridad».

Nosotros, es quizás la palabra clave de nuestra atormentada situación histórica. Nunca se ha sentido con tanta urgencia la necesidad de una comunidad internacional efectiva. El pensamiento filosófico, sociológico y teológico del siglo XX, expresa esta conciencia del «otro» y la primacía del nosotros sobre el yo.[13]

La literatura a través de su forma y de sus temas, manifiesta la preocupación por el «nosotros». El lector es el cooperador activo del autor. Este nos da retazos del mundo de tal manera que exige el esfuerzo interpretativo e imaginativo del lector. En la novela abundan los protagonistas colectivos; los héroes individuales son sustituidos por comunidades humanas: una ciudad, un pueblo, un grupo social. El tema de la solidaridad y la comunicación entre los hombres es una inquietud constante en el teatro contemporáneo. El mismo Laín se lanza a la creación dramática para proyectar en escena su concepción personal del hombre y explorar la mina inagotable de la convivencia humana.

En medio de una sociedad que parece abocada a la desesperanza, proclama que aún es posible esperar y convivir porque «desde su raíz misma, el hombre vive en la esperanza y en la convivencia». La esperanza es vida que renace sin cesar en las relaciones con el prójimo. En su obra dramática *Entre nosotros,* afirma que los otros no son el infierno. El conflicto tiene que darse en toda convivencia, como se da en el grupo de arqueólogos, pero se supera cuando los hombres se abren a la confidencia y descubren su verdad; sólo entonces, la camaradería se transforma en amistad. *Cuando se espera,* plantea el problema de una convivencia social y política. Vivir es poseer y esperar. Cuando

[12] *Pedro Laín Entralgo,* La espera y la esperanza, *en* Obras, *pp. 663 y ss.*

[13] *Laín en «Nosotros, palabra viva», estudia la aportación en este campo de los pensadores alemanes, franceses y anglosajones.*

los proyectos fracasan, queda por encima de ellos la esperanza; la esperanza de un convivir humano. *Las voces y las máscaras* (inédita), presenta el tema de la realidad y la máscara en el hombre. El yo aparece ensamblado en su relación con «otros» y en su relación con ellos, descubre cuanto tiene en sí mismo de más auténticamente humano. En *Judit 44,* el tema de la convivencia se plantea en un doble plano: político e íntimo. En ambos el diálogo es posible cuando el hombre se abre a la necesidad del otro. *A la luz de Marte,* subraya que vivir humanamente es ir descubriendo en cada circunstancia la verdad y la pobreza, y a pesar de ello, tratar de cumplir el propio destino siendo fiel a uno mismo, aunque se fracase tratando de serlo. El hombre del siglo XX como el del año 2008, será siempre grandeza y debilidad, pasión y verdad. «Debemos llevar nuestra verdad con nosotros mismos aunque nos duela», dice uno de los personajes. El teatro de Laín no es más que otro intento de profundizar en las posibilidades de una convivencia nueva y esperanzadora.

Y ¿qué es el hombre para Laín? Un ser menesteroso de cosas, deudor del pasado y proyectado hacia el futuro; necesitado de los demás y de soledad; abierto al fundamento último de su realidad (Dios). Sin cosas, tiempo y hombres no hay «hombredad completa». Pero tampoco la hay, sin la capacidad de conquistar de cuando en cuando la soledad con uno mismo. Está claro que la empresa de ser hombre necesita soledad. En consecuencia, las dos notas esenciales del humanismo lainiano son la *intimidad* y la *convivencia.*

La intimidad es ese secreto de apropiación desde el cual puedo decir «yo soy yo mismo, yo soy mío». La soledad supone desasirse de la realidad presente y de la historia y volverse hacia el fondo de uno mismo. La soledad le pone al hombre en trance de descubrir la condición del más allá de su existencia.[14] Vivir humanamente es ir fracasando porque somos limitados, e ir esperando. Esperamos, porque siendo limitados, advertimos con nuestros ensueños la posibilidad de transcender un día nuestra propia limitación.

La existencia del hombre es a la vez «proyecto y pregunta». El hombre es el que hace y crea su ser aunque a la vez lo sufra; es el «autopoeta». Pero el ser del hombre, además de ser *para sí,* tiene necesidad del *otro* para aprehender todas las estructuras de su ser.

¿Quién es el otro? En principio, es el que no es yo. Es alguien delante, enfrente y distinto a mí pero contemplado desde mi propia posición. La otredad surge en el encuentro. Pero al otro yo puedo utilizarlo o manejarlo como un objeto; convivir con él, interpretándolo e imaginando su yo íntimo y personal, o puedo entregarme voluntariamente a remediar sus necesidades. Objeto, persona y prójimo son las tres «esencias» posibles del «otro» para Laín:

> En sociedad, las personas conviven y se comunican objetivándose, haciéndose *natura naturata;* en projimidad, las personas se comunican y conviven personificándose, realizándose como *natura naturans* en actos que llevan en su seno la libertad, la creación y el amor.[15]

[14] *Pedro Laín Entralgo,* La empresa de ser hombre. *Madrid, Taurus, 1963; p. 12.*

[15] *Pedro Laín Entralgo en la Introducción a la obra de Pedro Soler Puigoriol,* El hombre ser indigente..., *p. 26.*

El hombre necesita del otro para encontrarse consigo mismo y con su auténtica realidad. Cuando en el trato con una persona, ésta nos abre su ser, el contacto vivo con su realidad nos reinstala en la nuestra, y triste o alegremente, nos reconcilia con ella. Muchos hombres perderían la sensación del cansancio de la vida, si el mundo en torno a ellos les ofreciese dosis suficientes de lo que Laín llama «Vitamina P» (siendo «P» la letra inicial de persona).[16] El hombre necesita afirmarse como persona en el otro y con el otro.

Consecuente consigo mismo y siempre desde una postura de nobleza intelectual, Laín se constituye a través de su obra en «el hombre para todos» y en «hermano de todos». A través de su reflexión constante, ha ido descubriéndose a sí mismo hasta llegar a afirmar a la manera que lo hiciera Don Quijote en plena madurez: «Yo sé lo que soy...; un escritor para quien el problema de España se ha constituido en tema permanente... Un español que quiere de su país mucho de lo que su país le ofrece y —para su continua desazón— todo lo que su país podría ser; un hombre que siendo lo que es y más, mucho más aún, querría existir en un mundo donde, a través de tormentas y bonanzas, el saber, la libertad y la justicia fueran de la mano».[17]

A través de toda su obra, Laín se erige en la conciencia intelectual y en la conciencia ética de España, declarando lo que España es y debe ser. Y ésta es la misión del intelectual: ser crítico de su época y de su sociedad, pero también la de señalar ideales, despertar a los adormecidos, analizar la sociedad en que vive y ofrecer temas de reflexión a sus contemporáneos.

Laín denuncia lo que considera «la enfermedad de Occidente»: la falta de ocio y la esclavitud del trabajo; ese trabajo que adormece como droga y no ayuda a la autorrealización de la persona que lo ejecuta. Y como buen médico ofrece el remedio. El ocio y la fiesta son la terapia ideal contra la ansiedad existencial inherente a la sociedad tecnológica contemporánea.[18] Aboga por una sociedad pluralista donde la dignidad moral del hombre quede a salvo mediante el ejercicio de la libertad, la justicia y el saber. Aspira a la integración de tradición católica y modernidad y a la comprensión y asunción «recreadora y apropiadora» de todo lo valioso que en los demás se descubre. Laín busca integrar la experiencia del pasado histórico con la esperanza de un futuro mejor. Hay que aprender las lecciones del pasado pero sin anclarse en él, de ahí su *descargo de conciencia* en cuya obra se nos confiesa así:

> Un «paria oficial» de mi país he sido desde febrero de 1956, en que me separé del sistema y comencé a luchar en pro de cuanto fuese apertura hacia un futuro políticamente más liberal y económicamente más justo, y en contra de toda represión política, éticamente abusiva.[19]

Laín Entralgo es, pues, un intelectual y ensayista comprometido, cuyo estilo de pensar y escribir se caracteriza por una voluntad de integración y de síntesis. ¿Utopía? ¿Tradi-

[16] *P. Laín Entralgo en «Cansancio de la vida y desesperanza», en* Homenaje a Julio Caro Baroja. *Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978; p. 652.*

[17] Ibidem, *pp. 510 y 460-461.*

[18] *Ver su obra* Ocio y trabajo. *Madrid, Revista de Occidente, 1960.*

[19] *Pedro Laín Entralgo,* Descargo de conciencia, *p. 452.*

cionalismo conservador? Sí, pero la obra lainiana es mucho más que simple postura utópica o simple concepción espiritualista de la esperanza y de la historia. Es tan compleja y rica como el hombre mismo y como España y su historia. Es una constante profundización y actualización de su reflexión sobre España, lo español y los españoles. Laín es un pensador y un intelectual que reflexiona sobre el presente, rectificando errores del pasado y proyectando con esperanza el futuro.

Pilar Concejo



Con Gregorio Marañón. 1959